

corriendo en la inmensidad
Benito Espinosa, en pos
de una infinita verdad,
lanzó esta inmensa impiedad:
—Dios es todo, y todo es Dios.—
¿Tengo ó no tengo razón?
Pues antes de concluir,
todavía vais á oír
la más extraña opinión
que muchas veces á herir
viene mi imaginación,
y es que llegó á presumir
si será el café ese ser
que en una edad y otra edad
siempre aspira á comprender
la mísera humanidad.
¿No es cierto, Padre Voltaire?
Marqués de Auñón, ¿no es verdad?

III

¡Café! ¡café! y ¡más café!
Ahitadme de ese elixir,
pasto de almas, sin el cual
fuera el humano existir
casi un sueño vegetal,
pues en eléctrico ardor,
en el sér más baladí
hace del afecto amor,
y del amor frenesí...
¡Ah! ¡que caiga sobre ti
del orbe la bendición,
del alma sabroso pan,
borrachera de ilusión,
á cuya mágica acción
es un Etna el corazón,
es la cabeza un volcán!
¿Y quién no honrará el poder,
marqués de Auñón, de un licor
que hasta hace alegre el dolor,
que hace más vivo el placer,
que da al brazo más vigor,
á la mente inmensidad,
á los ojos claridad,
al corazón más amor,
y alas á los mismos pies...
tanto, que, como tú ves,
no echo á volar por un tris?...
¡Marqués! ¡querido marqués!
¿tendrá razón Cabanís?

LXIII

DRAMAS DESCONOCIDOS

Cuando el pueblo á Otelo vió
que, matando á la que adora,
dice:—Muera la traidora
que el alma me asesinó,—
tu rostro el color perdió
llorando el fin de la bella;
yo, de él pensando en la estrella,
dije mirándote:—¡Infiel!
¡si no te mato como él,
me asesinaste como ella!—

LXIV

LA METEMPSICOSIS

I

Hallé una historia, lector,
en un viejo pergamino,
donde prueba un sabio autor
¡ay! que el variar de destino
sólo es variar de dolor.

II

FLOR

—Flor, primero, abandonada
entre unas yerbas broté,
envidiosa y no envidiada;
sin ver sol me marchité,
llorando y sin ser llorada.

BRUTO*

—A bravo alazán subí,
y de victoria en victoria,
tras mil riesgos, conseguí
para mi dueño la gloria
y la muerte para mí.

PÁJARO

—Ave después, hasta el llanto
Dios me condenó á expresar
con las dulzuras del canto:
canté, sí, mas canté tanto
que al fin me mató el cantar.

MUJER

—Mujer, y hermosa, nací;
amante, no tuve fe;
esposa, burlada fui;
lo que me amó aborrecí,
y me burló lo que amé.

SABIO

—Hombre al fin, ciencia y verdad
buscando en lid malograda,
fué, desde mi tierna edad,
mi objeto la inmensidad
y mi término la nada.

DICTADOR

—En mí, cuando César fui,
su honor la gloria fundó.
Siempre—vine, vi y vencí;—
adopté un hijo ¡ay de mí!
creció, le amé y me mató.

HOMBRE

—La escala transmigradora
de mis cien formas y modos
vuelvo ya á bajar, y ahora
un hombre soy que, cual todos,
vive, espera, sufre y llora.

III

Después de saber, lector,
la historia del pergamino,
¿qué importa ser hombre ó flor,
¡ay! si el variar de destino
sólo es variar de dolor?

LXV

LAS DOS TUMBAS

¡Cuán honda, oh cielos, será,
dije, mi tumba mirando,
que va tragando, tragando,
cuanto nació y nacerá!

Y huyendo del vil rincón
donde al fin seré arrojado,
los ojos metí espantado
dentro de mi corazón.

Mas cuando dentro miré,
mis ojos en él no hallaron
ni un ser de los que me amaron,
ni un ser de los que yo amé.

Si no hallo aquí una ilusión,
y allí sólo hallo el vacío,
¿cuál es más hondo, Dios mío,
mi tumba, ó mi corazón?...

LXVI

LA COMEDIA DEL SABER

A mi amigo don Tomás Rodríguez Rubí

I

*(Asunto, lo que es verdad.
Gradas de curiosos llenas.
Lugar de la acción, Atenas.
Epoca, en la antigüedad).*

*(Gran pausa.—Escena primera.
Como el que se duerme andando,
sale HERÁCLITO llorando,
y dice de esta manera):*

—¡Ay! mi ciencia es bien menguada
pues nada en el mundo sé;
si sé que hay Dios, es porque
DE NADA NO SE HACE NADA.

Respeto la autoridad,
que es de los inicuos valla.
¡Falso!—*(grita la canalla).*
(Los nobles dicen):—¡Verdad!

HERÁCLITO:—Yo imagino
que es la autoridad de un rey

poder que la humana ley
saca del poder divino.

No hay más dicha que el deber;
todo aquel que hombre se llama
dará por honra la fama
y el poder por el saber.

Dad, á los buenos, honores,
y castigo á los demás...
(*Aquí le silban los más
y le aplauden los mejores*).

Nuestra vida debe ser
por nuestras faltas llorar,
meditar y meditar,
creer y siempre creer.

(*Rumores.—Después quietud*).

HERÁCLITO:—En conclusión,
la justa moderación
da saber, paz y virtud.

II

(*Gime HERÁCLITO, y á poco
sale DEMÓCRITO y mira,
y al ver que el otro suspira,
se echa á reír como un loco*).

(*Segundo acto.—El pueblo está
casi cortés, de callado*).

HERÁCLITO:—¡Desgraciado!

DEMÓCRITO:—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

HERÁCLITO:—Es duelo todo.

DEMÓCRITO:—Todo es juego.

HERÁCLITO:—El alma es fuego.

DEMÓCRITO:—El alma es lodo.

(*Calla HERÁCLITO, y murmura*):

—¡Todo en la vida es miseria!

(*Y DEMÓCRITO*):—¡Es materia
todo en el mundo, y locura!

Materia sin albedrío
son Dios, el hombre y el bruto;
el átomo es lo absoluto;
lo único real el vacío.

Filósofos, que en el mundo
buscáis lo cierto ¡apartad!
Si existe, está la verdad
dentro de un pozo profundo.

Es del alma universal
parte nuestra alma también.—

(*Muchos, casi todos*):—¡Bien!

(*Y pocos, muy pocos*):—¡Mal!

DEMÓCRITO:—Un torbellino
de átomos en movimiento
son Dios, la vida, el contento,
la justicia y el destino.

Cuanto existe en derredor,
de lo que existía se hace;
y hasta el hombre crece y nace
cual nace y crece una flor.

Y así, lo que ha de existir
nacerá de lo existente.
¡Pueblo! goza en lo presente,
y olvida lo porvenir.

(*Risa.—Aplauso general*).

DEMÓCRITO:—En conclusión:
el alma es la sensación;
el placer es la moral.—

—Vivir, es creer y pensar
(*dice HERÁCLITO gimiendo*).

(*Y DEMÓCRITO, riendo*):

—¡Vivir!... sentir y gozar.

(*Llanto y risa.—El cielo, en tanto,
sigue su curso imparcial,
pues hasta el fin, le es igual
nuestra risa ó nuestro llanto*).

Y uno y otro concluyendo,
queda un bando y otro bando
con HERÁCLITO llorando,
con DEMÓCRITO riendo.

Y así, pensando en pensar
si ha de llorar ó reír,
ve el hombre su vida huir
entre reír y llorar).

III

(*Ruido.—Dudas.—Desencanto*).

*Sale en el acto tercero
SÓCRATES, cual dice Homero,
riéndose bajo el llanto*).

SÓCRATES:—Sin ton si son
riñe aquí un loco á otro loco;
¿no veis que entre mucho y poco
está la moderación?

La fe del uno es menguada;
grande es del otro la fe;
yo sólo una cosa sé;
y es que SÉ QUE NO SÉ NADA.

CONÓCETE, debe ser
de nuestra ciencia el abismo;

quien se conozca á sí mismo
sabr  cuanta hay que saber.

Para la ciencia, rehacias
las plebes... (*El pueblo todo
lo silba aquí de tal modo,
que SÓCRATES dice*):—¡Gracias!

Siempre el pueblo soberano
revela al hombre imparcial
la presencia universal
de un universal tirano.

(*Nueva silba.—Sensación*).

SÓCRATES:—De mi alma rey,
sólo obedezco   la ley
que Dios puso en mi razón.

(*Ruge la chusma indignada*).

SÓCRATES:—Y de tal modo,
que el hombre es centro de todo,
y todo ante el hombre es nada.

Sólo hay un Dios... (*Gran rumor
entre la vil multitud*).

SÓCRATES:—Dios de virtud,
del bien y lo bello autor.

A un Dios solo, fe tributa
un corazón como el mío...
(*Y el pueblo grita*):—A ese impio,
¡la cicuta! ¡la cicuta!

(*Y mientras del pueblo el celo
lo arrastra   tan mala suerte,*

SÓCRATES dice):—¡La muerte!
¡última bondad del cielo!—

(*Y así, no alegando excusa,
no salva esta vida ruin,
que, cual la hiel, le da fin
un vaso de Siracusa.*

¿Quién mejor su juicio emplea?
¡El sabio,   el pueblo homicida!
Si el sabio, ¡gloria   la vida!
Si el pueblo ¡maldita sea!

IV

(*Acto cuarto.—Se alborota
la plebe   DIÓGENES viendo
taza y linterna trayendo,
la alforja y la capa rota.*

Al empezar, iracundo
DIÓGENES silba   los tres,
como le silba después
  DIÓGENES todo el mundo).

DIÓGENES:—Pruebo que es vana
toda regla de razón,
en este sueño en acción
que llamamos vida humana,
si   preguntaros me atrevo:
¿de quién antes se origina,
el huevo de la gallina,
  la gallina del huevo?

(*Todos tres su menosprecio
le hacen   DIÓGENES ver,
y éste hace   los tres saber
su desprecio hacia el desprecio*).

DIÓGENES:—Nada hay formal;
esta vida es una gresca
tragi-cómico-burlesca
jocoso-sentimental.

No hay ninguna cosa cierta
más, que son vuestras locuras
escenas de criaturas
junto   una tumba entreabierta.

El pensar, creer y sentir,
no es sentir, creer ni pensar;
eso se debe llamar
nacer, crecer y morir.

Si aplico aquí mi linterna,
ni con un hombre tropiezo.
¡La vida! eterno bostezo,
si no es una falta eterna.

¡Mundo! esfuerzo sin deber,
virtudes sin religión,
puntos de honor sin razón,
y crímenes sin placer.

(*Los unos prorrumpen*):—¡Fuera!

(*Los otros exclaman*):—¡Bravo!

(*Y todos gritan al cabo,
Éstos*):—¡Viva!—(*aquellos*):—¡Muera!

(*Yo al ver á todos, me río,
pues llorar no puedo ya.*
¿Dónde el depósito está
de las lágrimas, Dios mío?)

V

(*El pueblo   la conclusión
muestra, al partir tristemente,
aire de duda en la frente,
y angustia en el corazón*).

(*Dice éste al irse*):—¡A pensar!
(*Y aquél murmura*):—¡A sentir!

(Uno):—¡A reir! ¡A reir!
 (Y otro):—¡A llorar! ¡A llorar!
 (Resumen):—¿Qué es el vivir?
 —SENTIR, uno. Otro: CREER.
 Este:—CREER Y SABER.
 Y aquél:—NI CREER NI SENTIR.
 ¿Qué es el mundo?—Lo que vemos.—
 ¿Y el saber?—Lo que se ignora.—
 Y ¿qué es Dios?—Lo que se adora.—
 ¿Y virtud?—Lo que queremos.—
 Y aunque más el pueblo alcanza
 con su VIRTUD-ARMONÍA,
 con su FE-SABIDURÍA,
 y con su DIOS-ESPERANZA,
 los sabios al escuchar,
 ignora el pueblo qué hacer,
 si ha de dudar ó creer
 si ha de reir ó llorar.

LXVII

LA VERDAD Y LAS MENTIRAS

A don Fernando Alvarez y Guijarro

Cuando por todo consuelo,
 un sacerdote, al nacer,
 nos dice en nombre del cielo:
 —Polvo es, y polvo ha de ser,—
 dicen, en coro armonioso,
 el pecho de gozo lleno:
 la nodriza:—Será hermoso;—
 y la madre:—¡Será bueno!—
 Y luego, allá en lontananza,
 gritan en acorde son:
 —¡Será feliz!—la esperanza;
 y—¡será rey!—la ambición.
 Y yendo el tiempo y viniendo,
 aquí, lo mismo que allá,
 la religión va diciendo:
 —¡Polvo es, y polvo será!—
 Con vanidad y codicia,
 dicen, sin reir jamás:
 —¡Será un Creso!—la avaricia,
 y el orgullo:—¡Será más!—
 Y exclaman con fiero acento
 de todo saber en pos:
 —¡Será Homero!—el sentimiento;
 y la razón:—¡Será Dios!—

Y en tanto la religión,
 al morir, como al nacer,
 repite:—¡No hay remisión;
 polvo es, y polvo ha de ser!

LXVIII

LA AMBICIÓN

A un monte una vez subí,
 y de cansado me eché;
 mas luego que lo bajé,
 de confiado caí.
 —¡Déjame, ambición, aquí
 hasta morir descansando!
 ¿Qué ganaré ambicionando,
 si cuanto más suba, entiendo
 que me he de cansar subiendo,
 y me he de caer bajando?

LXIX

LOS GRANDES HOMBRES

De Yuste en el santuario,
 Carlos Quinto, emperador,
 valientemente el calvario
 subiendo de su dolor,
 ver su entierro determina
 cual resuelto capitán,
 doblado como la encina
 rota por el huracán.
 Ya en el ataúd metido
 como en lecho sepulcral,
 cayó cual león herido
 que lleva el dardo mortal.
 Y al tiempo en que se cayó,
 mirándole de hito en hito
 una vieja murmuró:
 —¡Qué feo y qué viejecito!—
 Y cuando la multitud
 cree que el grande Emperador
 está más que en su ataúd,
 sepultado en su dolor,
 él, frunciendo el entrecejo
 y fijo en tan vana idea,
 dice:—¿Que soy feo y viejo?
 ¡Ella sí que es vieja y fea!—

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
 BIBLIOTECA DE MONTERREY
 ALFONSO V
 1925 MONTERREY, MEXICO

¿Qué le importará al cuitado
más bello ó más joven ser,
si esas cosas ya han pasado
para nunca más volver?

Del *Dies iræ* el rumor
ya consternaba el ambiente,
y aun dice el Emperador:
—¡Habrà vieja impertinente!—
Mientras el canto bosqueja
todo el horror de aquel día,
al Rey la voz de la vieja
el corazón le roía.

Y es cosa particular
no pueda un varón tan fuerte
una burla despreciar,
¡él, que desprecia la muerte!

Don Carlos siente iracundo
el corazón hecho trizas,
y el canto prosigue:—¡El mundo
se convertirá en cenizas!—

La vieja, del funeral
oye entretanto el solfeo,
como diciendo:—Sí tal,
muy viejecito y muy feo.—

Y airado Su Majestad
sigue:—¡Bruja del infierno!—
Y el canto:—¡Por tu bondad
líbrame del fuego eterno!—

Calla el coro; alza el semblante
pálido el Emperador,
surgiendo allí semejante
á la estatua del dolor;
y cuando el monje imperial
vuelve á su celda apartada,
mostrando algo de fatal
en su frente devastada,
por todo su ser refleja
santa humildad, puro amor;
tan sólo miró á la vieja
con humos de emperador.

LXX

LOS RELOJES DEL REY CARLOS

Carlos Quinto, el esforzado,
se encuentra asaz divertido,
de cien relojes rodeado,

cuando va, en Yuste olvidado,
hacia el reino del olvido.

Los ve delante y detrás
con ojos de encanto llenos,
y los hace ir á compás,
ni minuto más ni menos,
ni instante menos ni más.

Si un reloj se adelantaba,
el imperial relojero
con avidez lo paraba,
y al retrasarlo exclamaba:

—Más despacio, ¡majadero!

Si otro se atrasa un instante,
va, lo coge, lo revisa,
y aligerando el volante,
grita:—¡Adelante, adelante,
majadero, más aprisa!—

Y entrando un día,—¿Qué tal?—
le preguntó el confesor.

Y el relojero imperial
dijo:—Yo ando bien, señor;
pero mis relojes, mal.

—Recibid mi parabién,—
siguió el noble confidente;
—mas yo creo que también,
si ellos andan malamente,
vos, señor, no andáis muy bien.

¿No fuera una ocupación
más digna, unir con paciencia
otros relojes, que son,
el primero el corazón,
y el segundo la conciencia?

Dudó el Rey cortos momentos,
mas pudo al fin responder:
—¡Sí! más ó menos sangrientos,
sólo son remordimientos
todas mis dichas de ayer.

Yo, que agoto la paciencia
en tan necia ocupación,
nunca pensé en mi existencia
en poner el corazón
de acuerdo con la conciencia.—

Y cuando esto profería,
con su *tictac* lastimero,
cada reloj que allí había
parece que le decía:

—¡Majadero! ¡Majadero!...

—¡Necio!—prosiguió;—al deber
debí unir mi sentimiento,

después, si no antes, de ver
que es una carga el poder,
la gloria un remordimiento.—

Y los relojes sin duelo
tirando de diez en diez,
tuvo por fin el consuelo
de ponerlos contra el suelo
de acuerdo una sola vez.

Y añadió:—Tenéis razón:
empleando mi paciencia
en más santa ocupación,
desde hoy pondré el corazón
de acuerdo con la conciencia.

LXXI

LO QUE HACE EL TIEMPO

A Blanca Rosa de Osma

Con mis coplas, Blanca Rosa,
tal vez te cause cuidados,
por cantar
con la voz ya temblorosa,
y los ojos ya cansados
de llorar.

Hoy para ti sólo hay glorias,
y danzas y flores bellas;
mas después,
se alzarán tristes memorias
hasta de las mismas huellas
de tus pies.

En tus fiestas seductoras,
¿no oyes del alma en lo interno
un rumor
que, lúgubre, á todas horas
nos dice que no es eterno
nuestro amor?

¡Cuánto á creer se resiste
una verdad tan odiosa
tu bondad!
y esto fuera menos triste,
si no fuera, Blanca Rosa,
tan verdad.

Te aseguro, como amigo,
que es muy raro, y no te extrañe,
amar bien:
siento decir lo que digo;
pero, ¿quieres que te engañe
yo también?

Pasa un viento arrebatado,
viene amor, y á dos en uno
funde Dios;
sopla el desamor helado,
y vuelve á hacer, importuno,
de uno, dos.

Que amor, de egoísmo lleno,
á su gusto se acomoda
bien y mal;
en él hasta herir es bueno;
se ama ó no se ama: esta es toda
su moral.

¡Oh! ¡qué bien cumple el amante,
cuando aun tiene la inocencia,
su deber!
Y ¡cómo, más adelante,
aviene con su conciencia
su placer!

¿Y es culpable el que, sediento,
buscando va en nuevos lazos
otro amor?
¡Sí! culpable como el viento
que, al pasar, hace pedazos
una flor.

¿Verdad que es abominable
que el corazón vagabundo
mude así,
sin ser por ello culpable,
porque esto pasa en el mundo
porque sí?

Se ama una vez sin medida,
y aun se vuelve á amar sin tino
más de dos.
¡Cuán versátil es la vida!
¡Cuán vano es nuestro destino,
santo Dios!